

El Trujamán REVISTA DIARIA DE TRADUCCIÓN

Miércoles, 2 de febrero de 2011

BUSCAR EN EL TRUJAMÁN

HISTORIA

Biblia y traducción (16): «Se os invita, por tanto, a que lo leáis...»

Por Juan Gabriel López Guix

«Se os invita, por tanto, a que lo leáis con benevolencia y atención y que nos excuséis los pasajes en que podemos dar la impresión de traducir mal algunas expresiones a pesar de nuestros esfuerzos de interpretación. Porque no tienen la misma fuerza las cosas dichas originalmente en hebreo cuando son traducidas a otra lengua» (Cantera-Iglesias). Estas palabras, que expresan un sentimiento de pérdida y desazón ante el resultado de la labor traductora, pertenecen al primer prólogo del traductor de la historia: la introducción al Eclesiástico, un libro deutero-canónico integrado en el canon bíblico de católicos y ortodoxos.

El Eclesiástico es el único libro del Antiguo Testamento de cuyo autor conocemos el nombre, pues él mismo nos lo ofrece al final del texto, «Jesús, hijo de Sira, hijo de Eleazar el de Jerusalén» (50:27), de ahí que el libro reciba también el nombre de Libro de ben Sira o Sirácida. Fue escrito en hebreo hacia el año 180 a. e. c. y traducido un tiempo después al griego. El original se perdió tras el siglo V y sólo se recuperó parcialmente con el descubrimiento de una versión hebrea en una sinagoga de El Cairo (fines del siglo xix) y de algunos fragmentos en Qumrán y Masada (mediados del siglo xx).

Según se relata en el prólogo, el traductor es el nieto de Jesús ben Sira. Esta introducción contiene la primera mención a la división tripartita de la Biblia hebrea: Ley, Profetas y Libros. A pesar de su brevedad (menos de 300 palabras), el traductor nos informa sobre la fecha y el contexto en que se inserta su traducción, el público para el que la realiza y sus motivos para emprenderla: habiendo llegado a Egipto en el 132 a. e. c., encontró la obra sapiencial en la que su abuelo había compendiado toda una vida dedicada al estudio de los libros sagrados y consideró sus enseñanzas de utilidad para quienes quisieran ajustar su vida a lo estipulado por la Ley, por lo que decidió dedicar muchos esfuerzos y vigilias a la traducción. De modo muy revelador, el prólogo está escrito en un griego cadencioso y elegante que contrasta con la lengua rota y sincopada de la traducción.

El traslado de los textos sagrados exige, con mayor rotundidad que en otros casos, una toma de posición en la peculiar dinámica entre lo propio y lo ajeno, la apertura y el cierre, en que participa toda traducción. No resulta difícil, por ello, encontrar en este ámbito posturas extremas de «traslatofobia» y «traslatofilia». Ejemplo de las primeras es la exhortación del *Corpus hermeticum* (siglo II) a impedir el traslado translingüístico de un conocimiento considerado sagrado:

Por lo tanto, mí rey (tú que todo lo puedes), mientras te sea posible mantén tu discurso sin interpretación, no sea que tan grandes misterios lleguen a los griegos, y que su vanidosa elocuencia, tan carente de nervio y (por así decir) tan jactanciosa, acabe por hacer desaparecer algo tan grave y conciso como la energética lengua <de los egipcios>. Pues los griegos no hacen más que discursos vacuos, mí rey, energéticos tan sólo en la demostración, y en esto consiste la filosofía de los griegos, en un estrépito inane de palabras. Nosotros, por el contrario, no nos servimos de discursos, sino de sonidos henchidos de eficacia.

[Trad.: Jaume Portolas y Cristina Serna]

Ejemplo de las segundas, la afanosa búsqueda en el siglo XX de «equivalencias dinámicas» para trasladar eficazmente expresiones como «cordero de Dios» a todas las culturas del planeta. El nieto de Jesús ben Sira adopta un lugar intermedio entre el hermetismo y el ecumenismo, cediendo al impulso transmisor pero a la vez quebrando su lengua receptora y amoldándola de modo consciente al modelo escritural creado un siglo y medio antes por los traductores de la Septuaginta, un modelo que seguirán los traductores posteriores al griego y cuya huella se reconoce también en la Vulgata, así como en buena parte de las traducciones al castellano. En la traducción de lo sagrado siempre está presente, de modo muy intenso, la tentación de retorcer la propia lengua y llevarla hasta sus confines extremos en pos del afán utópico de una articulación de sonidos henchidos de eficacia.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)